

Otra noche oscura de Hollywood

Leda Rendón

En la última entrega de los premios Oscar, la frase “políticamente correcto” se aplica mejor que nunca para definirla: la primera dama de EUA Michelle Obama otorgó —en un acto inédito— el premio a “mejor película” al productor George Clooney desde la Casa Blanca a través de una conexión vía satélite en vivo. Por supuesto, la cinta ganadora tenía que representar ante el mundo la bondad del Imperio y *Argo* de Ben Affleck lo hizo con creces. La CIA pasteurizada que presenta le conviene a un país cuyo principal negocio es la guerra y su forma de propaganda y legitimación es el cine de Hollywood. No se niega la buena factura de la cinta de Affleck, pero está lejos de ser la mejor propuesta cinematográfica del 2012. Las temáticas principales de la noche fueron el problema de la esclavitud en EUA y la guerra: *Lincoln* y *Django desencadenado*; *La noche más oscura* y *Argo*, respectivamente. Quentin Tarantino y Daniel Day-Lewis sin duda se merecieron sus estatuillas.

Argo desbancó a la mejor de todas, *Amour* de Michael Haneke, que sólo ganó el premio a “mejor película extranjera”: se lo dieron al principio de la ceremonia, sin duda, para “consolarlos” por lo que vendría. *Lincoln* de Steven Spielberg fue la gran perdedora. Por eso cintas ambiguas, propositivas, contestatarias, generalmente no ganan y en ocasiones ni siquiera están nominadas. Es así que *Django desencadenado* de Quentin Tarantino, *La noche más oscura* de Kathryn Bigelow y *Amour* de Michael Haneke quedaron relegadas a un honroso segundo término. Lo que queda claro es que esta ideología también se aplica a la animación, ya que una de las historias más entrañables, bien filmadas y de guión irreprochable, *Frankenweenie* de Tim Burton, sucumbió ante un cuento de hadas disfrazado de dife-

rente y feminista: *Valiente* de Mark Andrews y Brenda Chapman.

La noche más oscura que presentó la captura y asesinato de Osama bin Laden de forma inteligente, madura, abierta y bien filmada fue la mejor propuesta de casa, pero como planteó más problemas que soluciones y entabló una polémica en torno a la tortura como medio de conseguir información valiosa para la captura del terrorista, no era candidata real porque de ganar se legitimarían conductas reprochables para el país del espectáculo. Por otro lado, *Life of Pi* deja mucho que desear en cuanto a historia y actuaciones y, sin embargo, obtuvo dos de los Oscar más anhelados: mejor director, Ang Lee —tres veces premiado ya en esta categoría—, y efectos especiales. Por otro lado, Michael Haneke hizo uno de los mejores trabajos de su vida y de la historia del cine reciente con los actores Emmanuelle Riva y Jean-Louis Trintignant, pero eso en nada cambió el curso de la noche.

No hay que engañarse: esta fábrica de sueños tiene su propia política en torno al arte: es simplemente una mercancía o un medio para obtener poder. Un hermoso circo detrás del cual está la idea de control absoluto. Dentro de este juego de poder la belleza y destreza física son necesarias como moneda de cambio, universo por demás bizarro, que exalta la nulidad y lanza al espectador al vacío del pensamiento: eso ayuda para la enajenación y el control de las masas. Así, la mercancía-política fue el centro de la noche. Los actores, productores, organizadores, etcétera son objetos a los que hay que admirar como si se tratara de semidioses posmodernos.

Bien decía Baudelaire que el arte “es la forma sentimental de la mercancía”. Así *La noche más oscura* no podía ganar como



mejor película porque su moral es ambigua, es decir, no es algo que se quiera que suceda en todos los casos en que se tenga que perseguir a un multiasesino como Bin Laden: la tortura no puede justificarse universalmente. *Django* es también doble: los negros no eran tan buenos como deberían ser. El mal estaba tanto en los de color como en los blancos. Año con año, la Academia se ha inclinado por lo cursi, moralino y popular: *My Fair Lady*, *Slumdog Millionaire*, *El artista*, entre muchas otras, que son el modelo a seguir si se quiere impresionar a los miembros electores. Finalmente, *Los miserables* de Tom Hooper se podría haber llevado el premio a peor filme del año; atrás quedaron los tiempos de gloria del musical contestatario y de sólido trasfondo político, además de estética irreprochable, como *Cabaret* de Bob Fosse. A los que otorgan el Oscar sólo les importa la espectacularidad, el lloriqueo fácil, la imagen sin ambigüedades. Este evento, tan visto y divertido, parece una suerte de orgía romana decadente. Los hollywoodenses lo saben y elevan la superficialidad al cubo en una suerte de pornografía cinematográfica que poco deja a la imaginación. El vacío y la nulidad serían las palabras más adecuadas para definir este evento por muchos esperado. La noche 85 de la entrega de los Oscar representa una época oscura de control del arte por parte del Estado. **U**